





Infante Allais: Los travesuras.

LIBROS

El zoológico burgués

Alphonse Allais: Humor negro y otros humores. — Al sol del verano, la sueta de un académico de Ciencias muere carbonizada, víctima —según el leñista— de una combustión espontánea. Para calentar los pies de su amante, un caballero se corta el vientre y le ofrenda el vapor de sus intestinos. Una vienesa de cuerpo espléndido se derrite luego de un paseo por París: "Los ruidos de mi mujercita se estiraban tan bien —narra el marido—, que la pobre estaba completamente desconocida". Estos temas de Alphonse Allais rebotan sobre la realidad (o contra la realidad) para desfigurarla: el humor que proponen es de una raza diferente al mero humor negro. En vez de irritar al lector, tratan de salpicarlo con su barro, infectarlo con sus picaduras. Es que, pese a lo que sugiera André Breton ("el sabor de tales historias es rara vez amargo"), todo lo que Allais escribió aparece contaminado por el odio y la ferocidad: sus flechas ásperas, que estrangulan en vez de punzar, buscan un solo blanco: la felicidad pequeño-burguesa, la paz de quienes están siempre satisfechos.

Su padre, farmacéutico de Honfleur, Normandía (donde Allais nació en 1854), lo había condenado a heredarlo. Los estudios forzados en París fueron el atajo que eligió el autor para sacudirse de los hombros ese destino. En 1879, sin rendir el quinto examen de Química Orgánica al que se había apuntado, prefiere unirse con su amigo, el dibujante Sapeck, a las sectas más extravagantes del Quartier Latin: los Hidrópatas, los Fumistas, los precursoros de la patafísica. De esos laberintos va a extraer su pensamiento funambulesco, que consistía en entender la vida como un acto gratuito.

A partir de 1885, sus faras y mistificaciones abarcan todo el espectro de

la actualidad francesa: las parodias literarias (de Zola, de Twain, del periódico *Francisque Sarcy*), el libelo político (contra las elecciones legislativas de 1893, contra el Presidente Carnot), la proliferación de reliquias cristianas, la moda, los avatares de las costumbres burguesas. Hasta 1890, convertido en redactor-jefe de *Le Chat Noir*, un delirante semanario satírico, Allais funda el último —y quizás el mejor— de sus principados farascos: el de la *Noticia* dicha como una broma, la desautorización perpetua de la realidad. Es una línea que prolongará después en su propio semanario, *La science*, y que le permitirá componer sus obras más estrafalarias: *A se torré* (1891), *Deux et deux font cinq* (1895), *Le capotés Cap* (1902).

Esta selección de sus textos, prologada y traducida por Luis Gregorich, pone por primera vez en manos del lector argentino la grandeza tuerca de Allais: genial a veces, convencional a menudo, fundador de esa literatura miscelánea donde la gordura y los tropezos conviven con el furor ofensivo. Las inserciones de sus relatos en algunas antologías no daban la medida de su arco iris. Este volumen, en cambio, permite entender por qué Maurice Donnay lo había descrito así: "Sus ancestros remataron en una barca el curso de los ríos. Allais remató con sus cuentos el curso de los prejuicios".

La víctima de sus dardos es toda la sociedad; en "El lenguaje de las flores", un falso barón, ex pedicuro de la Reina de Rumania, construye en seis meses un absurdo castillo feudal; el pírrico de la aldea, dueño del predio vecino, lo obliga a comprarlo por diez veces su valor al escribir en los canteros que el barón es cornudo. El pedicuro no sabe cómo vengarse: "Al padre Fabricio —sonríe Allais—, la opinión de sus conculadanos le merece un desprecio insondable". La beneficencia sucumbe en "Mancos": allí, el presidente de una Comisión oficial para mejorar la vida de los mancos no encuentra un modo original de llevar adelante su misión. La policía es burlada en "Error", que exhibe al asesino de una vieja saludado por los agentes, quienes confunden la sangre de su ojo con la cinta de la Legión de Honor.

Breton insistió que las invenciones de Allais se parecían a las de los niños. Es cierto, si se advierte que sus provocaciones están siempre sostenidas por un aire inocente. Esas travesuras ocuparon también su vida: en 1893, propuso a su amigo Albert Caperon, el capitán Cap, como candidato a diputado. El programa que lo nominaba exigía la supresión del impuesto a las bicicletas y la fundación de un puerto de mar en Pigalle. Cuando murió (de una embolia) en 1905, el inventario de sus pertenencias incluía una taza para zurdos, un clavo de la Santa Cruz, un cráneo de Voltaire niño. Entre sus personajes más inefables hay un coleccionista de autógrafos, que se enferma voluntariamente —y muere— para obtener la firma de un médico célebre. Allais jugó su vida de la misma manera. Medio siglo después, al desenterrar su memoria, los surrealistas proclamaron que había ganado la apuesta. (Bófala, 1968: 124 páginas, 450 pesos.) ♦

El alcázar periclitado

Manuel Mujica Lainez: De milagros y de melancolías. — "Hallado que fue el mamotreto, tras mucho excavar, resoplar y sudar en los múltiples guptatarios de los plúteos, ordenó Su Merced el señor Arcediano que fuera desmolido y manipulado como si se tratase de peras en tabaques, a tal punto se hallaban adelgazados y debilitados sus inúmeros folios por la tragonería sañosa de las generaciones de guarapos que allí habían aposentado su moranza, y por la natural lima del tiempo, que mudado había la su color en un amarillo de billa esclerótica, con filacterias de óxido."

"Apenas habían el señor Arcediano y las numerosas y excelentes personas que lo acompañaban, intercambiado las zalemas acostumbradas entre personas de pro y acercándose el trébede donde se inmolaban los carbonos para caldear la sacristía, cuando preguntó alguno quién sería el autor de la copiosa crónica que acababa de descubrirse, alusiva a una fermentada ciudad de Indias llamada San Francisco de la Apricotina del Milagro, escrita en intrincada lengua esotérica. Inclínabase el señor Arcediano por la atribución a un taciturno fijoalga que morar solía en florido suburbio del Plate, llamado Don Enrique Rodríguez y Larreta, al que los memorialistas describen como de nocturna ojera, embutunada crencha y parla galana."

"Mas fue el ilustre gramático y retórico Rolando Bartés quien, apoyado por su colega, el describador de palimpsestos Miguel Fucaldo, reveló la verdad al exclamar, tras espigar en aquella marchita frondosidad: «Este Yuesa merced estos adjetivos atonigados por encaramarse los unos sobre los otros dentro de un mismo párrafo, y la mustia carejada que en vano pretenden estos culteranos laberintos arrancar, y convénzase de que obra es ésta de aquel otro fijoalga que vivía a la vuelta del de Larreta, en el mismo suburbio, y que tanto aspiraba a imitarlo que hacia letra parecida llegó a percherar: Laim Laintz y Veintilibros.» (De un cronicon de Indias, anexo apócrifo) (Suamericana, 1968: 427 páginas, 860 pesos). ♦



Primera Plana

Micer Lainez: De polvos y polillas.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Libros. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile